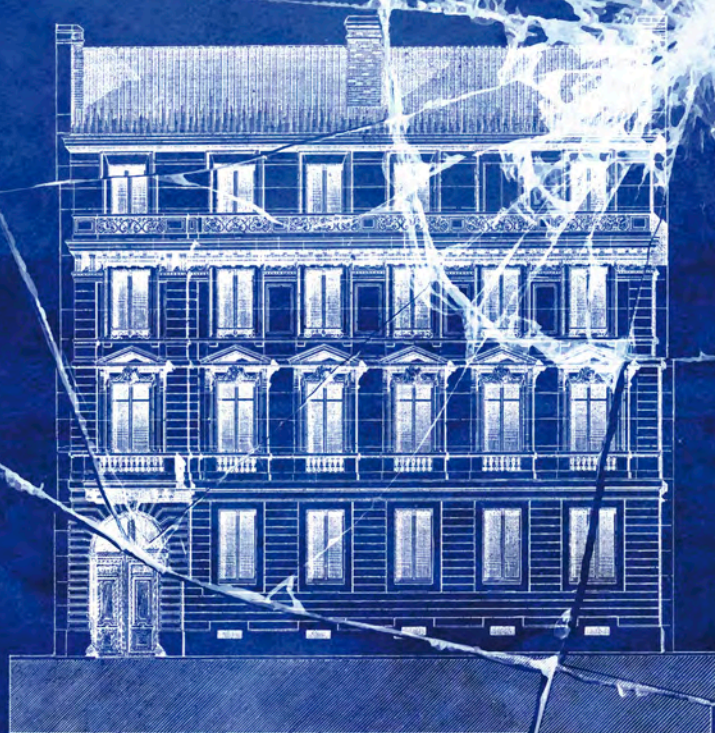


Toti Martínez de Lezea

LA EDITORIAL



erein

LA
EDITORIAL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: septiembre de 2020

Diseño de interior:

Iturri

Maquetación:

Erein

Ilustración y diseño de cubierta:

Aritz Albaizar

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2020

ISBN: 978-84-9109-622-1

D. L.: D 923-2020

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Gertu inprimategia

Zubillaga industrialdea, 9

20560 Oñati, Gipuzkoa

T 943 783 309 F 943 783 133

e-mail: gertu@gertu.net

www.gertu.net

Toti Martínez de Lezea

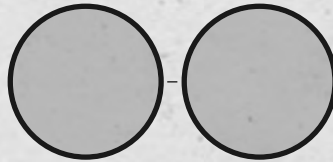
LA
EDITORIAL



* FAMILIA



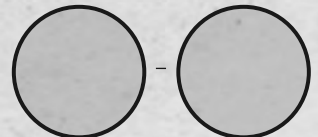
GERVASIO EGURRA



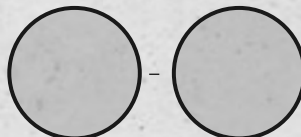
MERCEDES Juan Mari Gómez



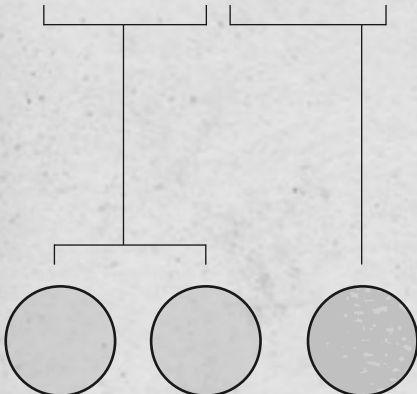
Isabel **JUAN IGNACIO** Itziar



PABLO Maite Buisan



BEGOÑA **RAMÓN**
MENUSQUETA

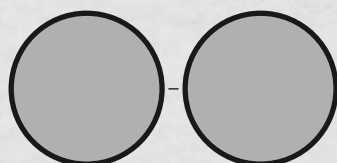


Jaime Maribel **IKER**

EGURRA *

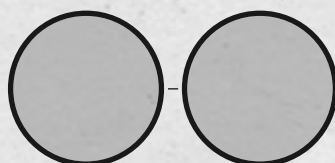


NIEVES OTADUI



GERVAS

María Paz



JULIA

Xabier Mañari



JON

MARGARET WIND



Nekane



Ane

OTROS PERSONAJES

EMILIO GOIAN, director gerente del GRUPO EGURRA S.A.

JORGE IBÁÑEZ, chófer de la familia Egurra

NEKANE SAINZ, lectora y correctora de Ediciones Egurra

MANU LARDAZABAL, amigo de Gervas Egurra y accionista de EGURRA S.A.

CARLOS ALBI, especulador y accionista de EGURRA S.A.

ABEL EGURRA, hijo no reconocido de Gervasio y Nieves

LA FAMILIA

La mujer de la limpieza lo encontró en su despacho a eso de las once y media de la noche, la cabeza sobre la mesa, y gritó pidiendo ayuda a los compañeros que se hallaban en otras dependencias del edificio de cinco plantas situado en plena Gran Vía de Bilbao. El celador llamó al 112, y estos dieron aviso a la Ertzaintza, advirtiéndole a quien llamaba que todos los empleados debían permanecer en el lugar sin tocar nada. Minutos después, casi al mismo tiempo, llegaban la ambulancia y un coche patrulla. La mujer que había dado la voz de alarma estaba en shock, no dejaba de gemir y suspirar, pero aun así los inspectores lograron la única información que podían obtener por el momento. El señor Egurra solía quedarse hasta tarde algunos días, así que no le extrañó ver luz en su despacho. No obstante, asomó la cabeza por la puerta para desearle buenas noches y, de paso, saber si pensaba seguir trabajando durante mucho más. No podía limpiar mientras él no se

fuera, y tampoco era cuestión de esperar dos o tres horas a que lo hiciera, como ya había ocurrido otras veces.

—Mi horario es de ocho a doce —aclaró—, y cobro por esas cuatro horas, ni un euro más, aunque tenga que quedarme más tiempo.

El caso es que don Gervas no había respondido a su saludo, cosa que le extrañó pues era un hombre muy educado. Le llamó la atención que tuviera la cabeza sobre la mesa y pensó que se habría quedado dormido, así que se aproximó y descubrió que tenía los ojos abiertos, no parpadeaba, no se movió cuando ella le tocó en el hombro. Fue entonces cuando salió al pasillo y llamó a sus compañeros. Los demás empleados de la empresa de limpieza, media docena en total, confirmaron lo dicho por la mujer, no podían decir más; no habían visto nada fuera de lugar, no quedaba nadie en las oficinas ni en el almacén, ningún teléfono o alarma había sonado.

El cadáver fue trasladado a las dependencias del Instituto Anatómico Forense y el celador se encargó de avisar a la esposa del director, doña María Paz, quien en compañía de su hijo Jon, nuera y dos nietas se presentó en el Instituto a la espera de ver el cuerpo y enterarse de lo ocurrido. No podían hacer nada allí, los informaron, y era mejor que volvieran a su casa y esperaran a que la Ertzaintza se pusiera en contacto con ellos a la mañana siguiente. Sobrecogidos por la terrible desgracia que acababa de perturbar su hasta entonces ordenada vida, regresaron a su domicilio en Las Arenas, donde la recién enviudada tomó un medicamento para dormir y se retiró a su habitación. Los demás permanecieron durante un rato en el salón sin saber muy bien qué hacer. Había que avisar a

los tíos y primos, pero eran ya las dos de la madrugada, y decidieron dejarlo para el día siguiente. Al rato, el silencio se adueñaba del palacete con vistas a El Abra, en cuyas aguas se reflejaba la luz de la luna que les daba un aspecto plateado, irreal.

Horas después, la familia al completo tomaba un desayuno inglés en la larga mesa de caoba que ocupaba el centro del comedor: zumos, té, café, jamón, frutas cortadas, beicon frito, huevos, bizcocho, tostadas, varias clases de mermeladas y mantequilla, que cada cual se servía a su gusto directamente del aparador. La costumbre la había introducido Margaret, la nuera inglesa del difunto, y todos se habían acostumbrado a servirse mientras una doncella se mantenía discretamente apartada, atenta a cualquier necesidad. Todavía bajo la impresión, ninguno de ellos hablaba, si bien, cada poco, la señora se llevaba a los ojos la servilleta bordada en lino, y sus dos nietas hacían lo mismo. Seguían sin avisar a los tíos, que vivían en la otra mitad de la villa, hasta que Jon Egurra hizo un gesto a la menor de sus hijas y la joven salió disparada; volvía con ellos minutos más tarde y la doncella les sirvió sendos cafés bien cargados.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó por fin la tía Mercedes tras beber un sorbo.

—Lo han encontrado esta noche, en su despacho —respondió su sobrino—, una de las mujeres de la limpieza.

—Pero ¿qué ha pasado? —repitió el tío Juan Mari.

—No lo sabemos. Estamos esperando a que nos informe el forense. La Ertzaintza aparecerá por aquí en cualquier momento.

—¿La Ertzaintza?

—Es lo acostumbrado cuando alguien muere de repente.

María Paz sollozó ruidosamente, y sus nietas se la llevaron a la terraza. A través de la cristalera, los demás observaron cómo la ayudaban a sentarse bajo el toldo, en uno de los sillones de ratán gris, y ellas hacían lo mismo en otros, cogiéndola cada una por una mano para consolarla.

—Habrá también que avisar al Consejo.

Jon reprimió un gesto de enfado al escuchar a su tía, aun a sabiendas de que tenía razón. Su padre era el director general de la empresa, era por tanto obligado comunicar el fallecimiento a los consejeros.

—La empresa puede seguir funcionando unos días sin su director —respondió apretando los labios.

—¿Has llamado a la tía Julia? ¿Y a los primos?

—No.

—Ya lo hago yo.

La vio salir hacia la salita de estar donde su padre leía la prensa todas las mañanas y estuvo a punto de decirle que fuera a la otra, a la sala de las visitas; aquella era una habitación privada solo para uso de la familia, pero no se movió.

La policía llegó antes que el resto de los familiares; el inspector hizo las preguntas habituales, si el fallecido estaba enfermo, si habían notado algo raro en él, si había tenido algún tipo de molestias. Nada. Como de costumbre, Gervas había salido para el despacho a eso de las diez de la mañana y llamado a su mujer para decirle que volvería tarde; tenía pendientes unos asuntos que requerían atención urgente. No era

extraño, lo hacía a menudo; su marido, afirmó la viuda, era un hombre muy trabajador, aunque lamentaba que no se hubiera jubilado a tiempo, a los sesenta y cinco como cualquier otro.

—Siempre decía que lo iba a hacer —añadió con los ojos llenos de lágrimas—. Me prometió un viaje alrededor del mundo para compensarme por su dedicación a la empresa, y ya ve usted...

El inspector asintió con un gesto de cabeza. Debería estar acostumbrado a aquel tipo de situaciones tan tristes como incómodas, pues él no podía hacer nada para consolar a los deudos que perdían a un familiar de manera repentina, pero no se acostumbraba. Probablemente Gervas Egurra había muerto de un ataque al corazón, aunque esto debía confirmarlo el forense. No había mucho que hacer hasta entonces, reiteró su pésame, dejó su tarjeta por si fuera necesario contactar con él y prometió acompañarlos cuando recibieran aviso del Instituto Médico Forense, algo que, por lo general, tardaba un par de días. También les comunicó que el despacho del fallecido quedaba precintado y con un vigilante hasta conocer el resultado de la autopsia.

—Es lo que se hace en estos casos —añadió para que no quedaran dudas.

Poco después llegaba a la casa el resto de los miembros de la familia. Faltaba la abuela, doña Nieves, pero nadie se atrevía a ir al lujoso piso que ocupaba desde el fallecimiento del abuelo y donde vivía en compañía de una vieja sirvienta y la sobrina de esta tras ceder el palacete a sus dos hijos mayores. ¿Quién le diría que Gervas había fallecido

cuando ella siempre había asegurado que era antinatural que una madre sobreviviera a sus hijos? Por otra parte, no tardaría en saberse la noticia, y sería mucho peor que se enterara por otros. Finalmente, Julia decidió ser ella quien se lo comunicara. No se dejó acompañar; la abuela se alarmaría si veía a más de una persona aparecer de pronto a media mañana. Caminó despacio, intentando pensar en cómo se lo diría. Sabía lo mucho que quería a su hermano, una réplica casi exacta de su padre, tanto en lo físico como en el carácter, y aquello iba a ser un golpe muy fuerte para ella. Al rato estaba sentada en el balcón-terraza donde su madre tomaba un té con galletas mientras contemplaba el mar y leía la prensa diaria. La alegría de verla se truncó en pesar al conocer la mala nueva; sin una palabra, con la mirada fija en el horizonte, dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas sin intentar enjuagarlas.

—Tendría que haberme ido al mismo tiempo que tu padre —dijo al cabo de un rato—. Me habría evitado esta tristeza, y otras.

Antes del mediodía, todo el mundo estaba ya al corriente de lo sucedido. Los móviles no cesaban de sonar; amigos, políticos, banqueros, gentes de las finanzas y de los medios de comunicación llamaban sin cesar, unos para presentar sus condolencias y preguntar acerca del funeral, otros para averiguar lo ocurrido. Había corrido la voz del súbito fallecimiento del director general de una de las mayores empresas editoriales del país, el Grupo Egurra S.A., y su desaparición planteaba más de una incógnita en cuanto a lo que pudiera ocurrir en adelante.

Gervasio Egurra padre había dejado todo bien atado. Llevaba ya casi veinte años enterrado, y la filosofía de la empresa se mantenía igual a cuando él estaba vivo; de hecho, su sombra todavía planeaba en el Consejo de Administración, los pasillos, los despachos y los almacenes. Nunca había dejado que nadie olvidara que él, un casero, hijo de caseros, era el artífice de la fortuna que permitía a hijos y nietos llevar un tren de vida muy por encima de la media, incluso de la de otras familias adineradas. No dejó de ocuparse del negocio con mano férrea y murió cumplidos los ochenta con la llegada del nuevo milenio. Los hijos del fundador, Mercedes, Gervas y Julia, recibieron la mitad de la herencia, pues si bien la otra mitad más un cuarto correspondía a la viuda, doña Nieves decidió que tenía de sobra y añadió el cuarto al legado de sus herederos. Donó una mitad del palacete a cada de sus dos hijos mayores, y el caserío del pueblo a la más joven; ella adquirió un piso con vistas al mar, allí mismo, en Neguri.

No parecía que nada fuera a variar en la marcha de la empresa, pero las nuevas tecnologías, el empuje del mercado, saturado hasta límites insospechados años atrás, obligó a un cambio de estrategias, y la familia decidió invertir en medios de comunicación, incluido el proceloso mundo de Internet. Para ello, era preciso contar con mentes jóvenes, adaptadas a los nuevos tiempos, y los nietos de Gervasio entraron en la empresa dispuestos a modernizarla. “Ediciones Egurra” también cambió de nombre, más acorde con los tiempos, y pasó a llamarse “Grupo Egurra, S.A.”, si bien, básicamente, la estructura establecida por el fundador continuaba casi igual. La hija mayor, Mercedes, quien se consideraba la matriarca del

clan pese a que su madre estaba viva, era la presidenta del Consejo de Administración, que se reunía un par de veces al año. El segundo hijo, también Gervasio, Gervas para diferenciarlo, había ocupado el puesto de su padre como director general de la entidad. La tercera, Julia, vivía en el pueblo, y raramente se la veía por Las Arenas, menos aún por las oficinas de Bilbao, aunque a veces hacía acto de presencia en las reuniones del Consejo, durante las cuales no abría la boca, desapareciendo a toda prisa en cuanto estas finalizaban.

De los tres hijos de Mercedes, Juan Ignacio era el responsable de la edición y distribución, Begoña era jefa de recursos humanos y Pablo estaba a cargo de los medios de comunicación, así como de la imagen, publicidad y proyección de la empresa. Llevaban los apellidos de sus padres unidos por un guion, Gómez-Egurra, que sonaba más aristocrático, idea de la madre, quien no tuvo reparos en inscribirlos así en el juzgado. Otro nieto más del fundador, Jon, hijo único de Gervas y María Paz, y economista de carrera, se ocupaba de los temas financieros.

Pablo era sin duda el más ambicioso de la tercera generación. Matriculado en Económicas, Derecho y Periodismo, no había pasado del primer curso en ninguna de las tres carreras, por lo que, gracias a las presiones de su madre, había entrado en el negocio muy en contra de la opinión de su tío, quien pensaba que el mozo era un tarambana de cuidado. Ahora, tras quince años de experiencia, consideraba estar preparado para un cargo más importante que el de dirigir la división de publicidad y prensa que, a fin de cuentas, no tenía mucho de excitante, al menos para él. El Grupo Egurra era

la primera empresa de Euskadi dentro de su ámbito y una de las más importantes del Estado, pero él aspiraba a que ocupara el primer puesto, con proyección internacional, y esto era algo que jamás lograrían si no arriesgaban; eran necesarios fondos considerables para dar el gran salto, pero, pese a su empeño, de todas todas topaba con la negativa del tío, con quien, por otra parte, nunca se había llevado bien.

—Dedícate a lo tuyo y deja los asuntos de dinero a gente más preparada —le decía Gervas cada vez que volvía al tema.

—¿Como tu hijo Jon?

—Pues ya que lo mencionas, sí, como él. No tenemos deudas y eso, te lo puedo asegurar, es lo mejor que puede decirse de una empresa. Además, ¿tienes alguna queja? Ganas más que un ministro y puedes invertir tu dinero en lo que quieras, pero sin poner en riesgo el negocio.

—No es solo una cuestión de dinero.

—Entonces ¿de qué? ¿de poder?

—De progreso. Apenas hemos desarrollado nuestra actividad desde que murió el abuelo.

—¡Hombre! Hemos comprado dos editoriales, también tenemos acciones en prensa y televisión. No digas que no hemos desarrollado la actividad.

—La idea es abrir en Estados Unidos para entrar en el mercado anglosajón y en China.

Gervas esbozaba entonces una sonrisa irónica y, automáticamente, llamaba a su secretaria dándole a entender que tenía cosas más importantes que hacer que entretenerse en proyectos caros y con pocas probabilidades de éxito.

¿Qué pasaría ahora que este había muerto? Habría que nombrar a otro director general, y el asunto se las traía, pues los cuatro primos se consideraban aptos para el puesto. Aunque la decisión final correspondía al Consejo, doña Nieves poseía un considerable paquete de acciones y la persona a quien ella designara como su apoderada decidiría la cuestión del nombramiento. Hasta la fecha no había hecho falta su mediación, pues Gervas ya ocupaba el puesto de vicedirector en vida de su padre y pasó a dirigir el negocio sin encontrar oposición alguna.

Los forenses dictaminaron que el fallecimiento se había debido a un ataque de corazón; se levantó el precinto y se retiró la vigilancia del despacho, si bien este debía permanecer inaccesible hasta la designación del nuevo responsable. Por si acaso, y en presencia del gestor de la empresa, se cambió la cerradura de la puerta, y se guardó la llave en la caja fuerte del bufete de abogados encargado de los temas legales de la misma.

El funeral por el alma de Gervas Egurra Otadui tuvo lugar en una abarrotada parroquia de San Ignacio de Loyola, y fue oficiado por media docena de sacerdotes. El coro Biotz Alai entonó el “Lacrimosa” del *Réquiem* de Mozart acompañado por miembros de la Orquesta Sinfónica de Bilbao y, para el *Stabat Mater dolorosa* de Pergolesi, se contrató a una soprano y a una alto, afamadas solistas, que llegaron desde Zúrich aquel mismo día al aeropuerto de Loiu, y cuya interpretación hizo brotar no pocas lágrimas. El cadáver había sido enterrado por la mañana en el panteón familiar del cementerio de Getxo, que, hasta la fecha, solo guardaba los restos de

su padre, en una ceremonia íntima a la que únicamente asistieron los parientes más cercanos y su mejor amigo, Manu Lardazabal, compañero de estudios en Deusto y asimismo empresario.

Doña Nieves no acudió al cementerio, aunque sí a las honras fúnebres, asistida en todo momento por sus dos hijas, mientras que la viuda, María Paz, lo era por su nuera y nietas. La familia al completo, las mujeres a la izquierda y los hombres a la derecha, ocupó las dos primeras bancadas a ambos lados del pasillo y, una vez finalizada la ceremonia, tardó más de una hora en abandonar el lugar dado el interés de la mayoría de los presentes por dar el pésame y, de paso, dejar constancia de su asistencia al funeral. La abuela fue la primera en escapar de besos y abrazos, siempre escoltada por Mercedes y Julia, quienes la asían de un brazo cada una, e introducirse en el Lincoln Continental de color negro cuyo chófer esperaba con la mano en la manilla.

—Lléveme a casa, Jorge —le ordenó.

—¿No vienes con nosotros? Hemos dispuesto un tentempié para la familia y los íntimos.

—No estoy para tentempiés.

—María Paz agradecería tu presencia...

—No creo que tampoco ella esté para fiestas.

—Madre...

—Jorge, lléveme a casa.

Sus dos hijas esperaron a verla partir antes de reunirse con los demás.

—Está cada vez más inaguantable —comentó Mercedes.

—Solo está mayor —aseveró su hermana.

Algo más tarde, la familia y unos pocos amigos se reunían en el espléndido salón de la primera, que más parecía el *hall* de un hotel de cinco estrellas que el de un domicilio particular: en blancos y cremas, suelo de mármol vetado, alfombras de nudos, sofás redondeados y tresillos con sus respectivas mesitas situados estratégicamente a distancia a fin de crear ambientes separados, y una gran chimenea, también de mármol. Marinas y varios paisajes que colgaban de las paredes, un enorme jarrón chino, alguna figurilla de porcelana aquí y allá y cortinones de flores completaban la decoración. Quizás debido al vino y los licores que sirvieron unas doncellas uniformadas, a las bandejas de bocaditos dulces y salados que desaparecían a toda rapidez para dar paso a otros de inmediato, o a la certidumbre de que la muerte es un hecho irremediable del que nadie puede escapar, el duelo dio paso a animadas conversaciones en las que no faltaban las sonrisas.

Para sorpresa de todos, doña Nieves hizo acto de presencia cuando ya no se la esperaba. Ella y su nuera se sentaron en un coqueto sofá de dos plazas de estilo provenzal colocado junto a un ventanal desde el que veían el anochecer en el mar. De la treintena de personas presentes, ellas eran las únicas que no bebían ni comían, solo pensaban en una persona: Gervas, el hijo querido, el marido amado. Asidas las manos, las miradas húmedas, no necesitaban decir una palabra; incapaces de comprender su repentina desaparición. Siempre se habían llevado muy bien, tal vez porque ambas compartían orígenes parecidos y no lo olvidaban. La anciana ayudó en la creación de la empresa, trabajó a la par que su

marido, ocupándose del primer almacén de libros y cuidando de la casa y de los hijos, ahorrando hasta el último céntimo, hasta que Gervasio padre logró lo que tanto ansiaba: hacer fortuna. María Paz no tuvo que esforzarse tanto, no pasó por las penalidades de su suegra, pero, en el fondo, se sentía incómoda en un ambiente que no consideraba del todo propio; habría preferido que el joven que conoció cuando trabajaba de camarera a fin de pagarse los estudios de secretariado no hubiera sido un empresario absorbido por el trabajo sin tiempo para ella ni para su hijo, sino un hombre normal, con un horario normal, con una vida normal.

Había ya anochecido del todo cuando concluía la reunión y se despedían los primeros invitados. Doña Nieves se levantó del sofá y pidió que avisaran a su chófer viéndose de inmediato rodeada por sus familiares, todos dispuestos a llevarla.

—Llévame tú.

La elección causó una pequeña conmoción; el elegido era su bisnieto Iker, el hijo que su nieto Juan Ignacio había tenido con una muchacha treinta años atrás, cuando ambos no habían cumplido los veinte. Mercedes y su marido se negaron en redondo a aceptar una unión que no consideraban apropiada y enviaron a su hijo a estudiar a Madrid; a ella le ofrecieron una compensación económica, que rechazó. Ignoraban que estuviera embarazada, también lo ignoraba él; acabó sus estudios de Empresariales, matrimonió con una “igual”, hija y nieta de contratistas, y entró a trabajar en la editorial. Un día, pasó por delante de una pequeña librería del Casco Viejo y entró a echar una ojeada; no se fijó en ningún

libro, la mirada clavada en la librera que atendía a un cliente. Itziar no había cambiado en aquellos diez años, la misma melena rizada, los mismos ojos brillantes, la misma sonrisa... Un chaval salió de la trastienda preguntando a su madre si no era hora de cerrar porque ya había acabado los deberes y tenía hambre. La decisión de legitimar a su hijo causó un terremoto, pero él se mantuvo firme y, curiosamente, fue su abuela paterna la única que lo apoyó. Costó sin embargo que todos se acostumbraran a ver como uno más al “adulterino”, como lo llamaba Mercedes en privado, aunque también era cierto que su presencia era ocasional.

—¿Qué tal te va en el trabajo?

Sentados en la sala de estar, con una taza de té en las manos, la anciana contemplaba al joven informático que no se parecía a nadie de la familia, aunque ella siempre había dicho que tenía un aire a su marido, quizás la forma de mirar de frente, de no amilanarse.

—Bien, *amama*, bien. Estoy contento. ¿Y tú? ¿Qué tal estás?

—Mal, dolida por la pérdida de mi hijo. No puede ser de otra manera, aunque no tenga remedio.

Iker acarició su mano, y aquel simple gesto, el cariño que leyó en sus ojos, le hizo decir en voz alta lo que pensaba guardar en lo más profundo de su ser.

—Gervas no ha muerto de un ataque al corazón.

—¡*Amama!*

—Y ahora no vengas con eso de que leo demasiadas novelas. Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Qué sabes?

—Tráeme esa carpeta morada que está encima de los libros de la segunda balda —dijo señalando la biblioteca que ocupaba una de las paredes de la sala.

Abrió la carpeta, sacó de un sobre un mensaje de tres líneas escritas a mano y se lo tendió.

—Léelo.

Al mismo tiempo, en la villa sobre El Abra, Mercedes hablaba con su hijo Pablo en la habitación que a ella le gustaba definir como su estudio, donde leía, llevaba la administración y mantenía la correspondencia.

—No será capaz de nombrar apoderado al adulterino —repitió por enésima vez.

—Quién sabe...

—Sus votos son los que más cuentan a la hora de nombrar a un nuevo director general.

—Que será mi hermano...

—Mañana hablaré con ella para asegurarme. Quiero mucho a Juan Ignacio, pero mi amor de madre no me ciega. Tú eres mucho más apto para el cargo, estoy convencida.

—Yo también.

—Cuentas con mis votos y con los de la tía Julia, aunque imagino que María Paz apoyará a su hijo y este se votará a sí mismo... Así que todo dependerá de tu abuela.

—No olvides a Lardazabal y a los de Madrid.

Durante un instante, Mercedes pareció sorprendida, el amigo de su hermano y los de Madrid... No había pensado en ellos, nunca aparecían por las reuniones del Consejo; de

hecho, a menudo olvidaba que uno y otros eran también accionistas de la empresa. Tras el fallecimiento de su padre, y debido a la crisis y a la enorme disminución de los beneficios, que ponían en peligro la viabilidad de Ediciones Egurra, fue necesario colocar en el mercado un paquete de acciones que su madre, sus hermanos y ella se vieron obligados a ceder. A su vez, Lardazabal había comprado unas pocas directamente a Gervas para echarle una mano en un momento en que necesitó dinero.

—Si te parece bien, mañana hablo con los de Madrid.

Pablo besó a su madre en la mejilla y fue a reunirse con su mujer, quien lo esperaba para volver a su casa, un dúplex en la zona nueva de Las Arenas. Mercedes todavía permaneció un rato en el estudio dando vueltas al asunto de la elección del nuevo gerente. Después, comprobó que todo estaba en orden y que no quedaba ni un solo vaso en su salón de revista y se fue a dormir. Su marido llevaba ya rato acostado y roncaba tan a gusto.

—Tendré que cambiar de cuarto —dijo en voz alta antes de cerrar los ojos.